

DAIGAKU JORIGUCHI

A SEMANA TRAGICA

Un poeta japonés de 19 años, hijo de un ministro comisionado por su país en México, llegaba aquí a fines de diciembre de 1911. Fue así como pudo ser testigo del proceso de sublevación del General Huerta contra Francisco Madero. Testigo y cronista. Años después, en 1948, su relato aparecería dentro de un libro suyo de poesía y ensayo, titulado Un ramillete blanco.

Daigaku Joriguchi nació en Tokio en 1892. Perteneciendo a una familia de diplomático, tuvo oportunidad de comenzar el aprendizaje del inglés a los seis años, cosa muy infrecuente en el Japón de aquellos tiempos. Desde adolescente se aficionó a leer y escribir poemas al estilo japonés (tanka). Se adscribió al Shin-shisha (Grupo de la Poesía Nueva), dirigido por Tekkan Yosano, uno de los autores de tanka más importantes de la Epoca Meidyi (1868-1911).

Joriguchi abandonó a medias la carrera de Letras Francesas que cursaba en la Universidad de Keio para reunirse con su padre, Kamaichi, en la capital de México, donde éste ejercía funciones

ministeriales en la legación japonesa de la Plaza de Orizaba.

México era el primer país extranjero que visitaba Joriguchi. Y aquí inició el aprendizaje del francés con una maestra mexicana, la señorita Camacho. Ya se sabe que hablar francés era por entonces requisito indispensable para ingresar en la alta sociedad mexicana. Pero lo importante es que el conocimiento de este idioma jugó papel decisivo en la vida del escritor japonés. Aunque algunos de sus poemas constituyen una cima en la poesía moderna de Japón, de hecho es más conocido como traductor de literatura francesa que como poeta. Sobre todo su libro de traducciones titulado Un rebaño bajo la luna (1925), donde aparecían poemas franceses desde Baudelaire y Verlaine hasta Apollinaire y Cocteau, representó un impacto de suma trascendencia para el desarrollo de la propia poesía japonesa.

Al publicar por vez primera en español las dos partes de la crónica de Joriguchi, creemos agregar páginas de cierto interés a la historiografía de la Revolución Mexicana.

Ciudad de México, 11 de febrero de 1913. Un día despejado. Durante ocho horas, desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde, el combate urbano ha sido feroz. Según los informes, el número de muertos se elevó a 300 y el de heridos a 500. El ejército legítimo asedió por tres lados al ejército rebelde, cuyo cuartel general estaba en el cuartel de artillería. Ya entrada la noche, quizás para respetar el pacífico sueño de los ciudadanos, ambos ejércitos suspendieron el ataque. Toda la ciudad está envuelta en tinieblas, sin una sola luz en las calles, por donde nadie transita. A ratos se oyen muy de cerca disparos de escopeta. El ruido resuena en el cielo oscuro, bajo las estrellas.

12 de febrero, martes. Me despertó, rompiendo mis sueños, un cañonazo. Eran las siete. Estaban disparando en ambos lados, haciendo temblar cielo y tierra con los estampidos. Parece que hubiera más cañones que ayer. Me levanté pensando que éste sería el último y decisivo día del combate. Un día precioso. Sería más divertido, en un día así, salir al campo a jugar polo. Los dos o tres primeros días me divertía la guerra como curiosidad, pero ya empiezo a aburrirme y quiero que dejen de pelear. Hay razones para ello. Desde ayer comienzan a escasear, poco a poco, diversos artículos. Tanto la carne y el pescado como las legumbres tienen que ser conseguidos por los japoneses a costa de jugarse la vida, pues hay que correr bajo una lluvia de balas hasta la vecina ciudad de Tacubaya. Regresan con el coche lleno de provisiones, compradas a todo riesgo, pero es tan grande el número de personas que las consumen, que se acaban en un instante. De ida como de vuelta, sólo el chofer levanta la cabeza; los demás van agachados en el suelo del automóvil, por el peligro de que los alcancen los

disparos o las balas perdidas. El peligro es muy real. A cada regreso en automóvil, al revisar la carrocería, siempre se descubren unos tres rastros de proyectiles. Los propios japoneses que acudieron a la legación a los inicios de la rebelión desearon cumplir con ese arriesgado oficio de ir a Tacubaya diciendo: "Ahora me toca a mí", "No, tú ya fuiste ayer; hoy es mi turno".

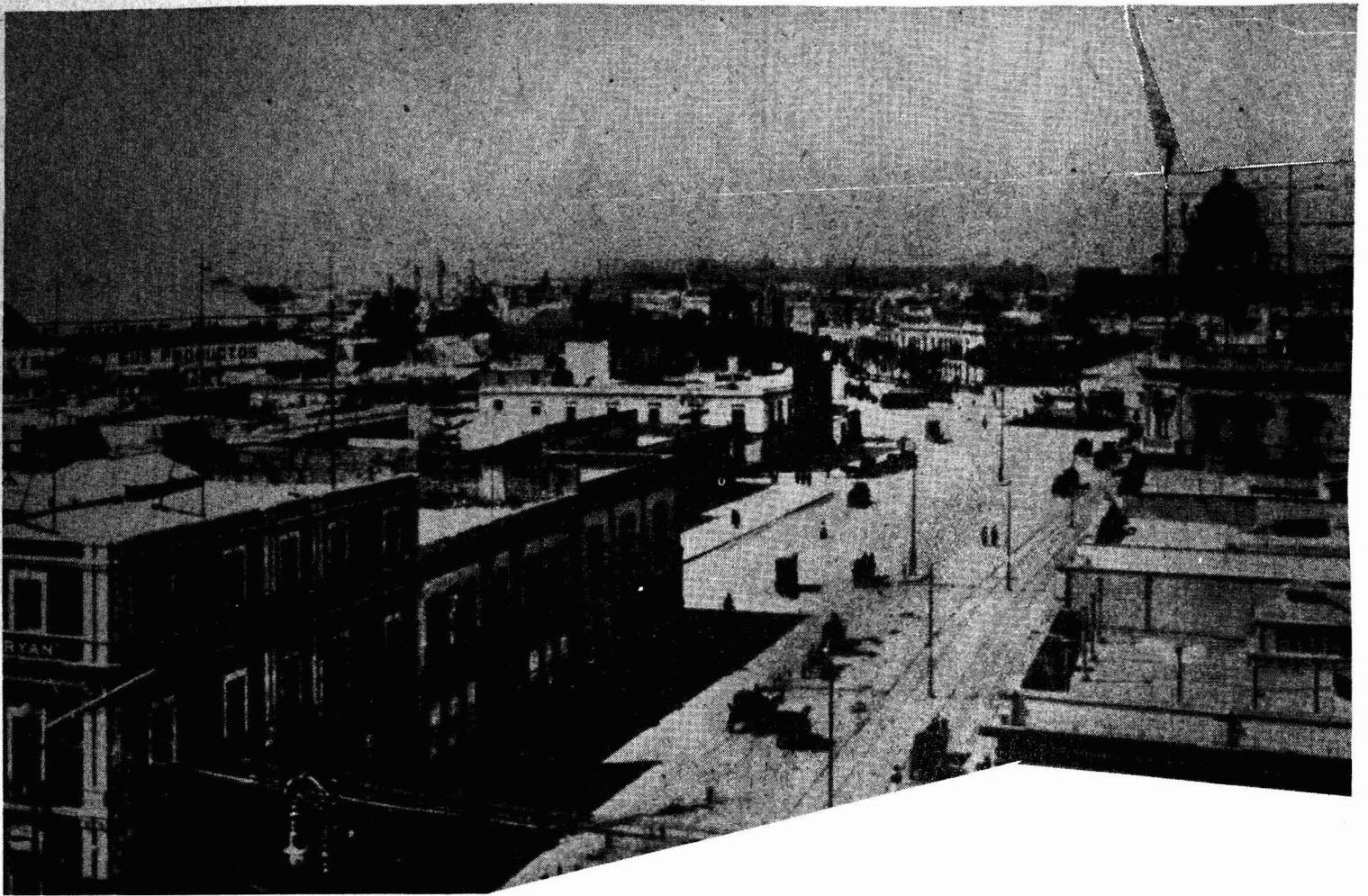
Aún más peligroso es ir a poner los telegramas. La oficina cablegráfica está en el centro de la ciudad, donde también tenía lugar la batalla. Imposible llegar en automóvil a ese lugar, pues 105 soldados de ambos ejércitos tiraban al mismo tiempo al observar el paso de cualquier coche. Tanto el motor como el chofer se convertían de inmediato en un nido de abejas. Sin embargo, había que enviar por lo menos un telegrama diario para informar de la situación. De esta peligrosa misión se han encargado los hombres más sobresalientes entre los japoneses que residen en esta ciudad; los señores Takagui, Onodera, Terui y el doctor Suzuki se han alternado para atravesar el frente de batalla sobre esa cuerda floja. Han tenido que ir y regresar a pie por esos cuatro kilómetros, la mitad de los cuales pertenece al centro del combate. A veces se deslizaban por las paredes callejeras como lagartijas, otras veces se escondían en los portales para evitar las balas, y siempre se dilataban entre dos o tres horas.

Un día, el señor Terui, que había salido como a la una, no regresaba cuando ya era el anochecer; toda la gente se asustó creyendo que lo habrían asesinado. Afortunadamente regresó sin novedad. Según él, aprovechó la oportunidad para observar la situación. Las personas que habían estado realmente preocupadas se enfurecieron en serio, pero como él se sentía tan a gusto, no

Presentación y traducción de Atsuko Tanabe.

Atsuko Tanabe ■ (Hyoso, Japón) Estudió letras en la Universidad Kwansai Gariun, tiene la licenciatura de estudios orientales y la maestría de estudios latinoamericanos en la UNAM. Ha publicado en varias revistas Latinoamericanas y Japonesas. Actualmente es profesora y coordinadora del departamento de lenguas Asiáticas CELE, UNAM.





llegaron a pelearse. Según el propio señor Terui, en las cercanías del centro de la ciudad se veían muchos cadáveres tirados por aquí y por allá como troncos, y casi la mitad de ellos eran de mujeres y niños. Al escuchar este relato, otros mostraron deseos de verlo todo con sus propios ojos. Preguntaron al ministro repetidamente si no había telegramas por despachar. A pesar de que las legaciones de otros países tenían también necesidad de mandar telegramas de información a su respectivas naciones, nadie quería ir a la oficina cablegráfica. Menos belicosos por un lado; por otro, eran más cobardes. No, sería falso llamarles cobardes. Lo que pasa es que no poseían el salvaje valor de los japoneses. En suma, ellos eran sabios. Por eso no intentaban acercarse al peligro. Por eso no podían llegar hasta la oficina cablegráfica. . . Sin embargo, unos y otros telegramas debían ser despachados. Tal era el problema. No había otro remedio.

Mientras tanto se difundió un rumor entre los diplomáticos de otros países: que la legación japonesa ponía por lo menos un telegrama cada día en la oficina. Entonces venían a la legación japonesa, agitando cada quien en su mano los telegramas que se habían ido acumulando desde días atrás, y diciendo: "Por favor, se lo encargo atentamente." Pero el combate se intensificaba, y se hacía más y más arriesgado mandar a alguien a aquella oficina. Ahora cada paso a lo largo de los cuatro kilómetros significaba jugarse la vida. A pesar de ello, ya no se podía decir a los extranjeros que la cosa era imposible por tan peligrosa. . . El espíritu japonés resulta inconveniente en tales circunstancias. Pero ni modo, si es como una enfermedad. Por esta vez, el alma invencible ganó al cielo y al hombre. Durante los diez días de la batalla urbana, sin faltar uno solo, se despacharon por lo menos uno o dos telegramas mediante un valiente mensajero.

El día 12 seguían los cañonazos. Ese día, unas cuatro balas perdidas penetraron por primera vez en la legación japonesa. Una de ellas se metió en una recámara, rompiendo el cristal de una ventana. Por fortuna no hubo daños ni para la gente ni para los animales. La señora Madero pasó la noche anterior a la residencia oficial, llamada por el Presidente. Tal vez éste pensó que si los enemigos se enteraban de que su esposa estaba refugiada, lo tomarían como debilidad. Sus padres y sus dos hermanas permanecieron en la legación japonesa. Había rumores de que al día siguiente tendría lugar un combate más duro.

Jueves, 13. Un día claro. El ataque se inició a las siete de la mañana y prosiguió hasta las cuatro de la tarde.

Viernes, 14. También claro. Los ataques empezaron a las seis de la mañana. Igual que ayer, los estampidos han hecho vibrar el cielo y la tierra. Los disparos de ametralladora recordaban la lluvia de frijoles en un festival japonés; los cañones retumbaban como truenos. Realmente uno se sentía como ante un paisaje de incomparable magnificencia, majestad y heroísmo. No hay duda que la guerra es el drama supremo que el hombre alcanza a crear. A las dos de la tarde, mientras almorzábamos, se oyó tocar a rebato. Todos los presentes subieron a la azotea para ver el incendio. Apenas a cuatro cuerdas se veía llena de humo negro la habitación del padre del Presidente Madero. La familia de Madero, que contemplaba el fuego implacable con estupefacción y en silencio, nos inspiraba lástima. Era obvio que los rebeldes habían provocado el incendio. El anciano matrimonio y sus dos hijas, aunque estaban naturalmente tristes viendo cómo se quemaban ante sus propios ojos valiosos muebles y otras pertenencias, procuraban recobrar. Su actitud calmada impresionó hondamente a los presentes.

Esa noche, el ministro japonés se entrevistó con el ministro de

Relaciones Exteriores en la residencia de éste. Informó que el presidente estadounidense Wilson insistía en que se dejara desembarcar a los marinos norteamericanos, y que de otro modo no podría evitarse un choque entre la marina norteamericana y la mexicana. También nos dijo que el número de soldados muertos o heridos resultaba inesperadamente reducido —no más de diez por día— y que si bien se oía el estruendo de los cañones con mucha frecuencia, en realidad su eficacia era escasa, y no se sabía si al día siguiente el combate resultaría más decisivo. Parece que el ejército oficial, lo mismo que el rebelde, sostenía una batalla algo relajada. Aunque de todos modos hacían padecer a los ciudadanos inocentes. Tanto los comercios como los bancos habían cerrado desde hacía una semana. Únicamente las tiendas de comestibles abrían por unos treinta minutos al día a las siete de la mañana. Además, escaseaban las provisiones y los tenderos temían ser saqueados por los compradores, por lo cual se resistían a abrir sus establecimientos. El hambre invadía a los ciudadanos. Se suspendió el correo en toda la ciudad. Incluso los telegramas había que recogerlos en la propia oficina cablegráfica.

Durante todo el día se oían cañonazos. Según el informe oficial, había un total de 5,000 entre muertos y heridos. Lo curioso es que en este número, el 90% no eran combatientes. Es decir, la mayoría de esa gente murió por andar en la calle curioseando. Parece, según esto, que muchos mexicanos tienen espíritu japonés. ¡Vaya si son gente viril!

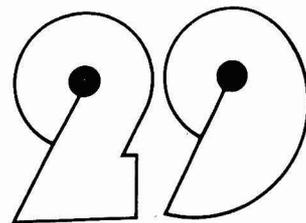
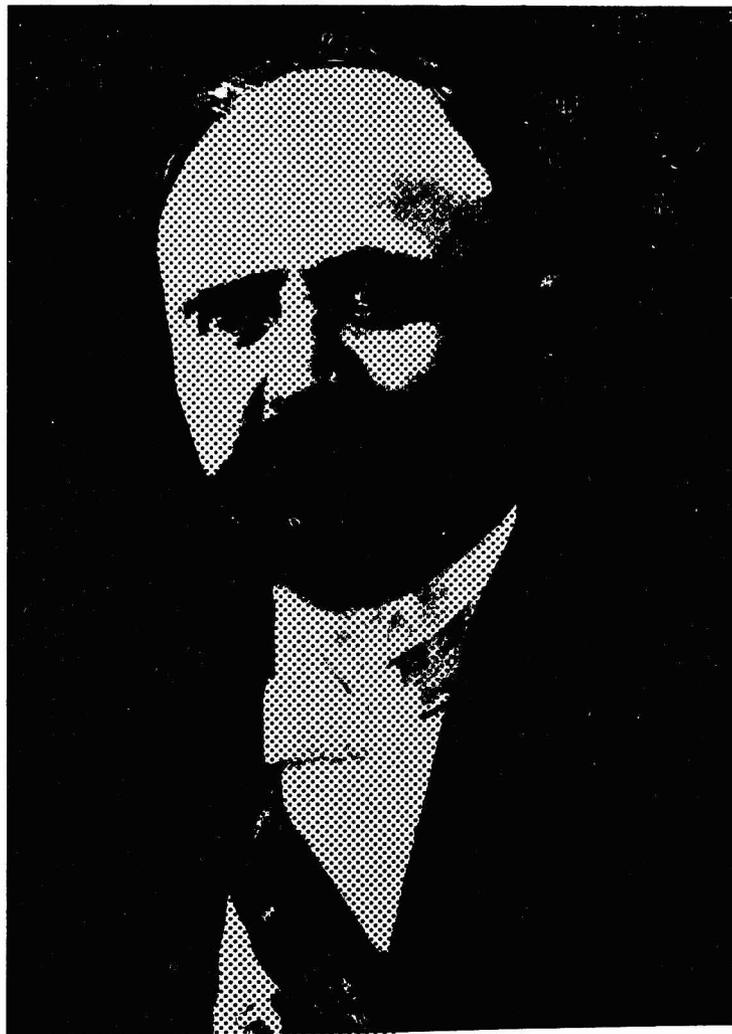
Algunas partes de la ciudad han quedado completamente destruidas, bajo el fuego de los cañones. La mansión de la política Clara Scherer estaba completamente arruinada por los proyectiles directamente lanzados desde el cuartel de artillería. La señorita Carmen, hija de la señora Clara, me decía que había recogido unos cincuenta proyectiles en el jardín.

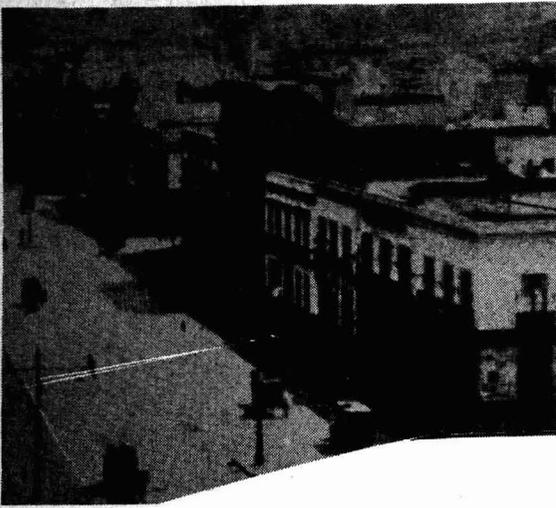
Se veían muchos cadáveres medio quemados a un lado de las calles. En el campo de Balbuena, todos los días, desde la mañana hasta la noche, se quemaban cadáveres, usando la llama del petróleo; cadáveres encimados de los soldados oficiales, de los rebeldes, de las mujeres, de los niños y de los curiosos espectadores. Se alzaban las llamas y olía a carne chamuscada. En ese sitio se concentraban también bastantes espectadores, algunos de los cuales picaban con un largo palo los carbonizados cadáveres. Un humo negro y lloroso subía al cielo despejado y azul.

Sábado, 15 de febrero. Bonito día, como de costumbre. No ha cesado el cañoneo desde las seis de la mañana, sin dejarme dormir. Los padres del Presidente se preguntan si no sería mejor mudarse a la residencia presidencial. El ministro japonés trata de persuadirlos de que aún no sería oportuno. Por la tarde, vienen tres empleados de una tienda japonesa advirtiéndome que por toda la ciudad corre el rumor de que los rebeldes van a quemar la legación japonesa, donde se protege a la familia Madero. El ministro japonés se

guarda el secreto ante la familia Madero. Tal vez piensa que no debe asustar a los ancianos y a las mujeres, en tanto no se aclare la verdad de las cosas.

Luego, como hacia las seis de la tarde, llega el chofer del automóvil de los señores Madero comunicando el rumor de que esa misma noche los rebeldes van a atacar a la familia. Se propaga entre la gente la inquietud y el temor. No quieren problemas para la legación japonesa, pero les preocupa también retirarse de allí. Después de la cena, resuelven mudarse a la residencia presidencial de Chapultepec. El ministro japonés, para tranquilizar a los ancianos, decidió que les acompañara su propia familia. Eran como





las diez cuando en tres automóviles una veintena de personas partimos de la legación hacia la noche oscura. Todos íbamos agachados dentro del automóvil, unos encima de los otros, reteniendo el aliento. A menudo se oían disparos muy cerca y las balas pasaban cortando el aire. ¡Que horror! Cada vez que se oía el disparo, nos estremecíamos de susto. Por la calle sin luz ni sombra humana, con los faros apagados, los tres coches se precipitaron hacia Chapultepec como tres flechas.

La residencia presidencial, rodeada por el bosque, se yergue sobre una loma desde donde se ve toda la ciudad. Como no había una sola luz por temor al ataque del ejército rebelde, el palacio no era más que un laberinto para quien no lo conociera. De vez en cuando llamaban desde la legación japonesa para notificar sobre la seguridad del ministro y de todos los demás.

Por fin amaneció sin que los sublevados hubiesen incendiado la legación. La demagogia quedó en eso: en simple demagogia. Toda esa noche el ministro y unos veinte japoneses más la pasaron allí en vela, cada quien con su sable japonés a su lado. Y al amanecer, sin siquiera asomo de peligro, todos ellos, algo desencantados, durmieron a pierna suelta.

Lunes, 17 de febrero. Amaneció la inquieta noche en la residencia presidencial, donde medio dormimos temerosos, como rehenes. Hay una baranda encubierta con vidrio en una plataforma, y desde allí podíamos tener una vista panorámica de la ciudad. Ya levantado, estaba yo de pie allí mirando el claro paisaje matinal, cuando algo se introdujo rompiendo el vidrio con un leve ruido y cayendo a mis pies. Era una bala. Parece que con un telescopio alcanzaban a ver el movimiento de las personas desde el cuartel de artillería. ¡Vaya peligro! Asustado, me retiré del lugar.

La noche anterior se habían oído varios disparos. También ese día se disparaba desde las seis de la mañana, más fuerte que nunca. Sin embargo, mis oídos ya estaban acostumbrados y no me sorprendía. También esta segunda noche dormimos en el palacio con inseguridad.

Martes, 18 de febrero. Hubo incendios en la mañana pero menos amenazadores. Se me hizo raro. Luego se hizo la calma. Como a las dos de la tarde, llamó el ministro japonés ordenándonos que saliéramos de la residencia para regresar a la legación, porque había peligro. De nuevo nos dirigimos en automóvil hacia la legación con la familia del Presidente. Al llegar aquí, oí que el General Huerta, quien había merecido toda la confianza del Presidente Madero había repentinamente conspirado esa noche con los rebeldes para capturar al Presidente y a los miembros de la Cámara que se encontrasen en el Palacio Nacional, en calidad de presos. Fue el 1 de febrero cuando yo había conocido por vez primera al General Huerta, quien había sofocado las sublevaciones en el norte. El regreso triunfal de él y de su regimiento había sido celebrado con algarabía por los ciudadanos. Y ese día, el Presiden-

te ofreció una recepción en el palacio de Chapultepec, como homenaje al triunfante general, y a ella fueron invitadas personas distinguidas y el cuerpo diplomático. El Presidente tomó de la mano al General Huerta y circuló entre los invitados diciendo: "Es mi héroe", como presentación. Era un hombre corpulento, con lentes oscuros sobre su semblante bilioso; un tipo sospechoso. Sus manos eran odiosas. Ese "héroe" capturaría menos de veinte días más tarde a Madero, traicioneramente, en complot con los sublevados.

Miércoles, 19 de febrero. Pasé el tiempo consolando a la afligida familia. Se decía que el Presidente, al ser presionado a renunciar, insistió en que no lo haría aunque lo matasen. Las personas conocedoras del carácter del Presidente comentaban que todo ello era cierto. Por eso también se agudizaba la preocupación por su seguridad.

Por la tarde llegó el aviso de que el embajador Gustavo Madero, hermano del Presidente, quien iba a partir hacia Japón en breve, había sido atrapado y asesinado a las dos de la noche en el cuartel de artillería. No podía yo encontrar palabras para aliviar la aflicción de sus padres y hermanas. Encerrados en un cuarto, no hacía más que llorar, abrazándose entre sí.

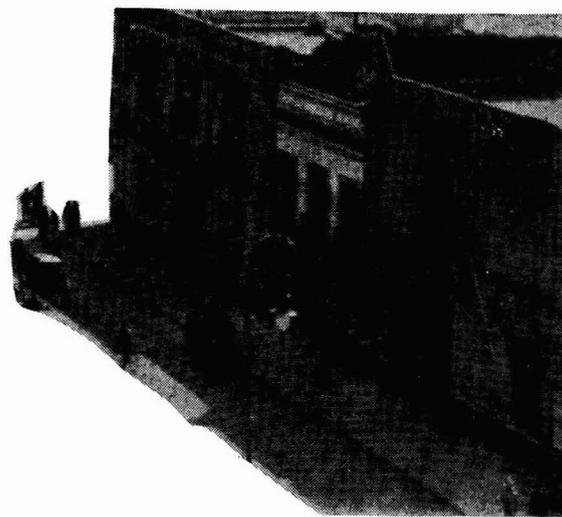
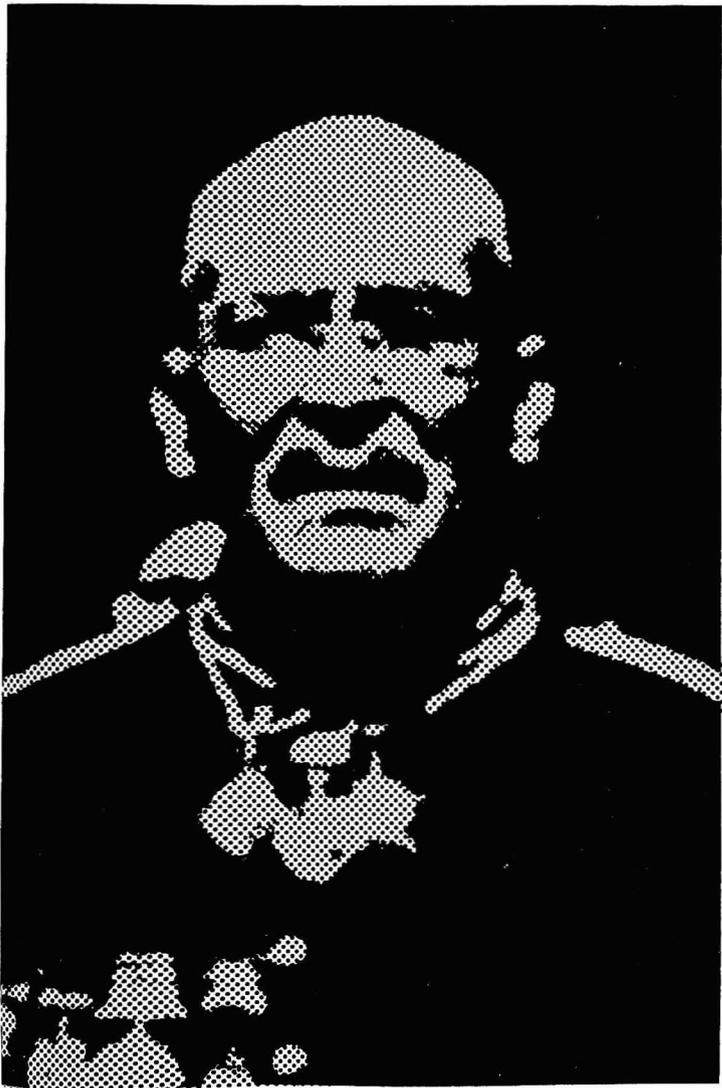
Nos informaron que esa noche, a las nueve, el Presidente partiría en tren hacia Veracruz, como desterrado. Bueno, al menos así salvaría su vida. Todos nosotros, aunque tristes, nos calmamos un poco y fuimos a la estación del ferrocarril. El reloj dio las doce, luego la una, y no aparecía el Presidente en la estación. A las dos nos llegó la nueva que se había suspendido la partida; inquietos, dejamos la estación.

Todo ese día, el General Huerta había seguido presionando al Presidente para que renunciara, y éste, consciente de que no le quedaba otro remedio una vez caído en manos de sus enemigos, prometió firmar la renuncia a condición de que le dejaran salir a salvo del país. Tentativamente, la renuncia quedaba en manos del señor Lascuráin, secretario de Relaciones Exteriores, y se entregaría al General Huerta cuando el Presidente hubiese cruzado la frontera con seguridad. Pero el General Huerta volvió a ser traidor, arrebatando bajo amenazas al señor Lascuráin la renuncia del Presidente. De inmediato la anunció oficialmente y tomó posesión de la presidencia.

Jueves, 20 de febrero. El General Huerta se ha hecho Presidente. El cuerpo diplomático le ha visitado en Palacio Nacional para persuadirle de que no haga nada contra la vida del Presidente Madero y de su vicepresidente. Huerta así lo aceptó, diciendo: "Si lo soltáramos en libertad ahora mismo, habría otra vez peligro de sublevación. Lo tendremos preso por un tiempo en algún lugar seguro." Esa noche, a las siete, toda la familia Madero se retiró de la legación japonesa para mudarse a casa de la señora Silión. Sólo se quedó atrás la señora del ex-presidente Madero.

Viernes, 21 de febrero. Un día claro. El presidente interino Huerta recibió en audiencia al cuerpo diplomático. El ex Presidente y el vice Presidente seguían presos en el Palacio Nacional. A los otros miembros de la Cámara se les permitió ir a sus casas. A la madre del ex Presidente se le permitió ver a su hijo. La señora Madero regresó esa misma tarde sin haber podido ver a su marido.

Sábado, 22 de febrero. A las siete de la mañana, un conocido de la señora Madero nos informó que el ex Presidente y el vice Presidente habían sido asesinados hacia las once de la noche anterior, cuando los trasladaban del Palacio Nacional a la cárcel.



Lunes, 24 de febrero. Se celebraron los funerales del ex Presidente Madero. Asistí con mi madre y mi hermana. Empezaron a las once y terminaron a la una de la tarde. Una ceremonia absolutamente sencilla. Ese día nos llegaron noticias de que habían apresado a varios ex miembros de la Cámara, y que otros habían escapado. Por la noche visité a la señora viuda de Madero, hospedada en casa de la señora Silión.

Martes, 25 de febrero. Por la mañana fui a caballo para visitar a la señora Madero. Uno de los sirvientes, el japonés Mayuzumi, me dijo que ella había partido a Veracruz. ¡Imposible! Probablemente se escondió por alguna razón. Recé por la desventurada señora.

Miércoles, 26 de febrero. Buen día. Por la tarde visité la tumba de Madero, en el cementerio francés. Llegaban muchos obreros a rezar. Una de las coronas florales llevaba estas palabras "Víctima de la democracia". Al lado de la tumba había otra corona dedicada al hermano Gustavo. ¡Aquel hombre vivo y alegre estaba allí, bajo tierra! Apenas diez días antes solía venir para animar a sus padres repitiendo: "¡Allons donc!" "¡Allons donc!" Pero ahí estaba su tumba. Y ahora me tocaba a mí decir: "¡Allons donc!"...

Jueves, 27 de febrero. La ciudad de México recobraba la tranquilidad. Las tiendas habían abierto y en las calles se veían muchedumbres. Todos estaban ocupados en resarcir sus daños o en visitar a los amigos para cerciorarse de su sobrevivencia. Las funerarias y fabricantes de ataúdes, llenos de buenos negocios, disfrutaban de la limpia paz.

Una vez calmado el mundo, me preocupé por la suerte del poeta maderista Urueta. Se me informó que había sido aprehendido la noche del día 18, en un tren que iba a Veracruz. Iba acompañado por su amigo, el señor Sánchez Azcona, secretario privado del Presidente Madero. Se dice que ambos fueron apresados por agentes policiacos en la estación de Apizaco. A las dos de la tarde del mismo día 18, al mismo tiempo que aprehendían al Presidente Madero en el Palacio Nacional, se decretaba también la orden de arresto contra el poeta Urueta. Pero el poeta había desaparecido en el viento de la ciudad de México para meterse en el tren en que muchas gentes habían intentado salvarse, refugiándose en el barco norteamericano anclado en el puerto de Veracruz. En ese tren fue arrestado el trovador. Por entonces, sólo un periodiquito que publicaba dos páginas diarias dedicó apenas unos renglones a informar sobre la suerte del poeta. Y después, no ha aparecido aún mención alguna de él en la prensa. Hay quienes dicen que también el poeta, siguiendo el mismo destino que el Presidente, fue asesinado; otros creen que está aún con vida. Unas tres personas dicen haberlo visto disfrazado de mujer. Un testigo señala que el trovador maderista se veía contento con su atuendo de mujer elegante. Y que en su mano tenía un libro de poesía de Prado, editado por Rockwood de Nueva York. . .